

La traída y dejada de Santo Domingo

¡A las Sierras!

Desde la víspera del primero de agosto, que se velaba el barco de Santo Domingo, en una casa particular; casi todos los habitantes de esta Villa se trasladaban a las Sierras a pie, a caballo o carreta, llevando consigo marimbas, guitarras y vihuelas, instrumentos indígenas que ponían una nota de alegría en los espíritus, y mientras unos danzaban, otros dormían la siesta bajo la sombra de esbeltos y coposos árboles; y los demás iban alegrarse tomando bebidas embriagantes, como chicha de coyol o cususa, que eran las únicas bebidas de aquellos tiempos.

Cuando el alcohol hacía su efecto en los cerebros, todos prorrumpían en vivas a Santo Domingo, a la Villa de Managua, al Alcalde y a los que les venía en gana. Algunos lanzaban insultos y, por consiguiente, los grandes bochinchos no se hacían esperar; dejando en la arena, muertos, heridos y golpeados, causando la consiguiente alarma entre los pacíficos paseantes, quienes corrían a refugiarse a la Ermita o a las viviendas del Valle.

En la noche de la víspera, el 31 de julio, en las Sierras se ponía en escena un chistosísimo drama de costumbres regionales que gustaba mucho al pueblo. El primero de agosto, después de la celebración de la misa en la Ermita, comenzaba el Mayordomo hacer los preparativos para traer a Managua a aquel diminuto y milagroso Santo.

Una inmensa muchedumbre venía acompañándolo hasta esta localidad, ingresando a ésta, como a la una y media de la tarde.

En la intercepción de los caminos de Masaya y de Santo Domingo, intercepción llamada, desde tiempo inmemorial “Gancho de Camino”, el Mayordomo de las Sierras entregaba al de Managua la imagen, en medio de la alegre diana y disparos de bombas y cohetes.

Algunos bailes típicos que salían en la procesión de la imagen

de Santiago, iban también en la de Santo Domingo.

Una vez que a bordo del barco de guerra, mal simulado por una carreta, era paseado Santo Domingo por las calles y avenidas de la población se le dejaba en la antigua iglesia de San Mateo, permaneciendo allí sólo los diez días, durante los cuales el pueblo se divertía lidiando toros, traídos de varias haciendas de ganado de esta jurisdicción. Habían cornúpetos tan bravos, que dejaban sin vida a algún jinete o capeador.

Cuando a Santo Domingo se le cumplía el término de estar en la Villa, el diez regresaba a su Sierra con la misma alegría y entusiasmo del día primero.

En la villa sólo se le venía dando culto a Santo Domingo de Guzmán, de las Sierras. Esta imagen ha sido la más popular y querida de Managua, y ¿por qué no decirlo?, pues, hasta de todas partes de la República concurrían romeros a su solemne festividad.

Las fiestas de Santo Domingo que, cíclicamente, celebran los managuas, tienen que ver más con una deidad aborigen que con el personaje de la Edad Media. Es decir, se trata de un desborde pagano -visto desde nuestra mentalidad occidentalizada- que fue sustituido, durante la dominación hispánica, por el fundador de la Orden de los Predicadores, Domingo de Guzmán (1170-1221) (...).

En otras palabras, el origen de “Mingo” (hipocorístico de Domingo) responde a una concepción ancestral y mítica. No se remonta a 1885, año en que se fechó el “nacimiento” o hallazgo de la minúscula imagen (20 cm de alto) en Las Sierritas de Managua. Porque puede demostrarse que las festividades existían treinta años atrás, según carta de Mateo Mayorga, el 5 de agosto de 1853, dirigida a su pariente José Joaquín Quadra: “*Todas las managuas están bravas porque quedaste mal no viniendo a pasar las fiestas de Santo Do-*

mingo como me ofreciste... Ya se habla, pues, de la existencia de tales fiestas en la recién erigida capital de Nicaragua, entonces casi una aldea de pescadores.

Precisamente éstos descendían de los primitivos habitantes neolíticos que dejaron grabadas sus huellas en el lodo volcánico de Acahualinca y siguieron viviendo en las riberas del lago de la pesca hasta que desarrollaron una estacional e incipiente agricultura. ¿Cómo? A través del maíz, introducido hace cuatro mil años por una corriente migratoria procedente del altiplano de México. Con ello, se suscitó la creación de un culto, en concreto una de las deidades de esa cultura mesoamericana: la del maíz, culto ubicado en Las Sierras, donde se cultivaba el grano.

Pues bien, los cazadores y pescadores de Managua complementaban su dieta con el maíz y, al final de la cosecha, se dirigían a Las Sierras para traer la imagen representación o “nagual” del dios, a quien devolvían en su sitio tras una breve temporada de celebración. Tal es el mito soterrado, pero que emerge y revive cada primero y diez de agosto (fechas de la “traída” y “dejada”) de Santo Domingo, “patrono” de facto de los managuas.

Porque el patrono implantado por el proceso de la dominación española fue otro: Santiago, el santo conquistador. No se olvide que se halla esculpido en alto relieve en el frontis de la primera catedral de Managua, a los pies de la imagen de Cristo, montando y blandiendo la espada contra los moros. Pero la población indígena de Managua, en virtud de ese sustrato primitivo y dentro del sincretismo operado durante la época colonial, prefirió de patrono al santo católico y fundador de la Orden de los Dominicos.

(...)Más no hay que eludir el fenómeno mítico primigenio. Alejandro Dávila Bolaños, comentando este origen, especifica que el “nagual” o imagen del dios

del maíz Xolotl (de procedencia nahua) era un perro y se vincula a la luna. Esto explica el pequeño can que acompañaba a “Minguito” y el barco: reminiscencia de la canoa en que portaban a Xolotl (que dio el nombre al lago Xolotlán) los indios y caciques de las tribus establecidas en Managua pre-hispánica.

Por otra parte, en su libro sobre esta arraigada e inextirpable tradición festiva (cada vez menos fervorosa), el jesuita Ignacio Pinedo intuyó ese sustrato al admitir que el aspecto de la pequeña imagen “es claramente indígena” y divulgar el relato de Nicolás Estrada, Mayordomo de Las Sierras entre 1931 y 1948. Según Estrada, el cura de la iglesia Veracruz en Managua recomendó al hombre que “encontró” dicha imagen que el “el primero de agosto la trajeran alegres (a Managua) con sus músicas típicas de aquellos remotos tiempos”. Evidentemente, la “invención” del catolicismo popular constata este retorno al mito primitivo que no debió limitarse a esas “músicas”.

(...) Ahora bien; ¿por qué la tradición oral indicó que de 1885 data la “aparición” del santito de madera y su herida en la cabeza propinada por el machete de un campesino? Un hecho olvidado lo explica: la epidemia del cólera desatada en Managua y sus alrededores el año anterior. Al respecto el siguiente documento -un folleto de 24 páginas- revela la dimensión de esa epidemia y su respuesta gubernamental: Prescripciones de Higiene Pública y Privada que deben observarse para evitar la invasión y la propagación del cólera morbus, escrita por el señor cirujano de la Guardia de los Supremos Poderes (Managua, Tipografía Nacional, 1884).

Sin duda, al cólera correspondió el factor desencadenante de la leyenda que revitalizara el culto mítico, cíclico y procesional a Santo Domingo, o más propiamente, a Xolotl.